

Maya Van Wagenen

Dolores  
de amor  
crónicos

Traducción de Táibele Ha'

**GRANTRAVESÍA**

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

DOLORES DE AMOR CRÓNICOS

Título original: *Chronically Dolores*

© 2024, Maya Van Wagenen

Traducción: Táibele Ha'

Diseño e ilustración de portada: © Inés Pérez  
Fotografía de guardas: shutterstock\_247448662

D.R. © 2024, Editorial Océano, S.L.U.  
C/Calabria 168-174 Escalera B Entlo. 2ª  
08015 Barcelona, España  
www.oceano.com  
www.grantravesia.es

D.R. © 2024, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México  
www.oceano.mx  
www.grantravesia.com

Primera edición: 2024

ISBN: 978-84-127944-2-7  
Depósito legal: B 13371-202

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005837010724

*Para mi gente: los jóvenes, los sarcásticos y los enfermos crónicos.  
Estamos en excelente compañía, sin duda alguna.*

# Capítulo uno

**Baño #62:** Iglesia católica de san Francisco de Asís.  
La clásica experiencia de múltiples retretes con papel higiénico de una sola hoja. Si entras con expectativas de cantos gregorianos, velas e incienso, quedarás decepcionado. Dos estrellas y media.

**Yo:** Eh, hola, señor. ¿Padre? ¿Así es? Suena raro. Yo... mmm... nunca había hecho esto antes y, seré muy honesta, no estoy totalmente segura de cómo funciona. Ay, Cristo, este lugar es sofocante. Oh, lo siento, ése es... *su amigo*. ¡Probablemente no debería estar diciéndole esto! ¿Puedo decirlo? ¿Cuáles son las reglas?

**Sacerdote:** ¿Por qué no empiezas por respirar profundamente?

**Yo:** Buena idea... bien.

**Sacerdote:** ¿Eres católica, hija?

**Yo:** Creo que sí. Mi tía dice que estoy bautizada, pero yo no lo recuerdo.

**Sacerdote:** ¿Te bautizaron cuando eras muy pequeña, entonces?

**Yo:** Supongo.

**Sacerdote:** Eso es perfectamente válido. Eres católica.

**Yo:** Pero nunca había estado en una iglesia. Ni siquiera sé si creo en Dios o en Jesús o algo así. Mamá nos educó para ser humanistas seculares, ateos.

**Sacerdote:** Entonces, ¿qué te ha traído aquí hoy, si se puede saber?

**Yo:** Mi tía. Ha estado intentando convencerme para que la acompañe a un servicio religioso, y entonces me dice: “¿Sabes? Nosotros, las personas mayores, no vamos a estar aquí para siempre”, y luego cosas como: “¿No te gustaría hacer algo para que tu tía\* se sienta feliz?”. Y hoy he cedido porque estoy pasando por una pequeña crisis, de hecho, y supongo que he pensado: *¿por qué no?*

**Sacerdote:** “¿Por qué no?”. Te sorprendería la cantidad de gente que llega aquí gracias a esa pregunta. Casi tanta como la que llega por un simple “¿por qué?”.

**Yo:** Si le cuento algo, usted debe mantenerlo en secreto, ¿verdad? ¿Así funciona esto?

**Sacerdote:** El derecho canónico exige que los confesores mantengan en privado todo lo dicho en el Sacramento de la Penitencia. Ni siquiera para salvar mi propia vida podría divulgar una sola palabra de lo que tú me digas.

---

\* Las palabras escritas originalmente en español se conservarán en cursivas para reflejar su intención inicial. *N. de la T.*

**Yo:** Bueno, maldición, probablemente no llegemos a eso.

**Sacerdote:** De todos modos, debes saber que todo lo que se diga aquí es entre tú y Dios. Yo sólo soy un mediador, una especie de sustituto para recordarte el perdón de Dios. ¿Qué te preocupa, niña?

**Yo:** Es difícil saber por dónde empezar. Tengo un problema. Bueno, tres problemas distintos, en realidad, si lo desglosamos todo. Y, por lo general, eso es lo que se supone que hay que hacer, ¿no es así? ¿Desglosar las cosas y abordar los problemas de uno en uno? Pero no puedo hacerlo, quiero decir que no puedo separar las tres cosas porque todas son lo mismo.

**Sacerdote:** Muy parecido a la Santísima Trinidad.

**Yo:** No, para nada es así. Es, más bien... no sé. Espere, ¿alguna vez ha visto eso que pasa en las alcantarillas, cuando las colas de un montón de ratas se enredan? No recuerdo cómo se le llama a eso, pero después de un rato de estar atrapadas así, acaban convirtiéndose en una gran criatura que se retuerce de dolor, fusionada, junto con la sangre y la suciedad y las heces... Así son mis problemas.

**Sacerdote:** Qué imagen tan vívida.

**Yo:** Gracias. Y tengo que hablar rápido, porque mi *tía* cree que estoy en el baño, y así era, pero cuando ya venía de regreso he visto la puertecita abierta de este armario...

**Sacerdote:** Confesionario.

**Yo:** Eso, claro. Bueno, he visto que la puerta estaba abierta, y he pensado que tal vez podría entrar y morir mutilada por una bestia gigante de Narnia. Pero eso no va a pasar, ¿verdad?

**Sacerdote:** Me temo que no, no.

**Yo:** Eso he supuesto. Entonces, me he dado cuenta de que era una de esas habitaciones con un sacerdote al otro lado de la pared, y he pensado que quizá me ayudaría poder hablar con alguien, aunque no pudiera verlo. Especialmente, si no podía verlo. ¿Tiene sentido?

**Sacerdote:** Por supuesto. Continúa.



*“Naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido”.*

Tía Vera golpeteaba con los dedos en el volante mientras cantaba. De vez en cuando, en el momento en que el camino requería más concentración, cambiaba al simple tarareo y se inclinaba hacia el frente con los ojos entrecerrados tras sus gafas estilo ojo de gato. Su rosario oscilaba de un lado a otro del espejo retrovisor, a punto de arrancar al san Cristóbal de plástico que llevaba adherido al salpicadero.

*“Si fueran falsos mis juramentos, en poco tiempo se olvidarían”.*

El coche de mi tía no tenía aire acondicionado, porque ¿para qué necesitaría ella una tontería tan cara cuando había ventanas perfectamente útiles que podíamos bajar... hasta la mitad? De alguna manera, y era algo sorprendente, la mujer de sesenta y cinco años ni siquiera estaba sudando. Su maquillaje —los labios rojos y una gruesa base un tono demasiado claro para su piel morena— se mantenía perfectamente en su sitio, gracias a su monumental fuerza de voluntad. Yo, en cambio, no tenía tanta suerte. Estaba segura de que, si el trayecto se alargaba demasiado, los policías me encontrarían derretida, con la carne permanentemente fusionada a la funda *granny square* arcoíris

del asiento. “Pobre chica”, dirían. “Muerta a tan sólo una semana de las vacaciones de verano. Una verdadera tragedia”.

Tía Vera cayó en un bache y jadeé, aferrándome a la puerta con los nudillos blancos. Yo no era la única que estaba teniendo problemas. San Cristóbal (y, por extensión, el Niño Jesús que llevaba a cuestas) se cayó al suelo del lado del conductor, y rodó debajo de los pedales. Tía Vera murmuró algo mientras buscaba la figura, retirando su atención del camino.

—¡Tía, cuidado! —grité cuando el coche se desvió.

—¡Ajá! —respondió ella, devolviendo la santa figura a su legítimo lugar y el vehículo a su carril correspondiente—. *Cálmate, mija*. Tengo este coche desde hace tres décadas, lo cual equivale a más del doble de lo que tú llevas viva, y ni una sola vez he tenido un accidente.

Condujimos en silencio durante un minuto antes de que ella me mirara y analizara mi expresión de incomodidad mientras yo me aflojaba el cinturón de seguridad del regazo.

—¿Todavía tienes tu aflicción?

Suspiré, moví la cadera en el asiento y miré por la ventanilla entreabierta. *Mi aflicción*. Roedor asqueroso número uno.

—La cistitis intersticial es crónica, tía. Continua. Persistente. De larga duración. Ocurre durante un largo periodo de tiempo. Así que sí, todavía tengo mi aflicción.

—Ay, niña, sabes que no quise insinuar nada con eso —me reprendió con suavidad.

Las cejas de tía Vera se tocaban en el centro como dos orugas peludas dándose un beso. Mi hermano Mateo tenía esas mismas cejas, y mi padre, y supongo que yo también las tendría si Shae Luden no hubiera descubierto las bandas depilatorias en sexto grado e insistido en que aprendiéramos a usarlas. Todavía podía vernos en el enorme baño principal de



sus padres, inclinadas sobre el tocador doble, incitándonos la una a la otra frente al espejo para finalmente arrancar la bandita. Al pensar en Shae, mi garganta se tensó, como cuando tragas demasiado fuerte y sientes un tirón.

—Vitalis de Asís —dijo *tía* Vera.

—¿Qué? —pregunté, dándome cuenta de que había ignorado la charla de mi tía.

—Te estaba diciendo que lo busqué. Vitalis de Asís es el santo patrón de... —bajó la voz para proteger mi pudor— los problemas de pipí.

Fruncí los labios.

—*Tía*, ya fui a la iglesia, como me lo pediste. Pero ir una vez no significa que crea en nada de... —señalé al mártir mal pintado en el salpicadero— esto.

Tía Vera levantó las manos y soltó el volante.

—*Claro que sí*, por supuesto. Te agradezco que me hayas dado el gusto. Las *viejitas* siempre presumen de sus hijos y nietos, y ahora saben que tengo la sobrina más guapa —bajó las manos y me miró con un atisbo de sonrisa—. Y nunca se sabe. La fe puede llegar más tarde.

No iba a servir de nada discutir. El coche avanzó hasta detenerse en el callejón lateral junto a la Imprenta Mendoza.

—¿Subes? —pregunté, abriendo la puerta y sacando los muslos desnudos de la cubierta empapada del asiento.

Tía Vera ladeó la cabeza.

—¿Está tu madre en casa?

Revisé la hora en mi teléfono. En la pantalla de bloqueo había una foto mía y de Shae de hacía un par de veranos. Estábamos sentadas en la cubierta del barco de sus padres, sonriendo a la cámara. En ese tiempo, Shae todavía tenía sus *brackets* y yo un flequillo demasiado corto que ella me había

arreglado la noche anterior. Me había parecido una idea brillante en ese momento. Rápidamente, oprimí el botón para oscurecer la pantalla.

—¿El viernes a las seis y media? —respondí, intentando recordar el horario de mamá para esta semana—. Puede ser. Y si no está, llegará pronto.

—Entonces no, gracias, *mija* —respondió *tía* Vera y se inclinó para darme el obligado beso en la mejilla. Volví a meterme en el coche para complacerla—. De cualquier manera, tengo que llegar a casa a tiempo para *Rosa, mi vida* —continuó—. Nos vemos el domingo.

—Hasta el domingo.

Vi cómo el Ford Escort rojo del 87 de mi tía se alejaba por el callejón, tras esquivar por un pelo la esquina de nuestro gran contenedor metálico. *San Cristóbal sí que se mantiene ocupado*, pensé mientras sacaba las llaves y me daba la vuelta para mirar el cartel de IMPRENTA MENDOZA.

Mis padres habían alquilado un apartamento de dos pisos, sin ascensor, en el centro. Así se lo describía siempre a la gente, porque sonaba mucho mejor que la realidad. El angosto edificio de ladrillo estaba encajonado entre dos vecinos: una peluquería y una heladería de mala muerte que Mateo y yo estábamos seguros de que servía de tapadera para algún tipo de organización de lavado de dinero. Mamá nos decía que eso era una locura, pero sólo ofrecían seis sabores, y uno de ellos era regaliz negro, así que ¿de qué otra manera podrían mantenerse en el negocio?

El precio del alquiler incluía el local de la planta baja y un apartamento en la planta de encima, al que sólo se podía acceder por unas escaleras de metal verde que se encontraban afuera del edificio y que eran escandalosamente

ruidosas. Papá decía que teníamos suerte de que las escaleras hicieran tanto ruido. Era como tener un sistema de alarma gratis.

—Hey, tú —saludó Mateo, mi hermano.

Ya me había abierto la puerta antes de que yo lograra llegar al último escalón.

Lo empujé y seguí mi camino.

—Muévete, tengo que orinar.

—Grosera.

**Baño #1:** Apartamento de los Mendoza. Compartido por tres adultos y una adolescente, este ruidoso inodoro está muy solicitado, aunque sus instalaciones dejan mucho que desear. El personal de limpieza es escaso y es común que no se repongan los artículos de primera necesidad, como el papel higiénico y el jabón de manos. El lugar sólo se salva por su excelente recepción de internet y un novedoso interruptor de luz en forma de elefante. Considera largos tiempos de espera, furiosos golpes en la puerta y un inquietante anillo amarillo en la parte inferior del asiento del retrete. Una estrella.

Una vez que me sentí moderadamente mejor, volví a la sala y me dejé caer de cara sobre el respaldo de nuestro viejo sofá beis. El sofá gimió en señal de protesta y su estructura se hundió tristemente.

—Mira todo este sudor —anuncié, con la voz amortiguada por el cojín—. Soy un monstruo del pantano —lancé las sandalias al suelo.

—Me encanta que todo eso se filtre en el sofá —se quejó Mateo. El sillón reclinable chirrió cuando se sentó frente a mí.

—Ay, por favor. Este sofá se mantiene unido a pesar de tus gases. Un poco de sudor no va a cambiar nada —me di la vuelta—. Hey, ¿por qué no estás abajo?

Mateo tenía casi veintiún años pero aún vivía en casa. Mamá y papá lo nombraron “gerente” del negocio familiar, lo que significaba que se quedó aquí y no se fue a la universidad como sus amigos dos veranos antes. Mi hermano estaba bien afeitado, tenía el pelo oscuro y rizado, y una constelación de granos sobre su tupida uniceja. Al igual que papá, medía un poco menos de metro setenta, pero mientras papá era corpulento y cargaba una panza cervecera, Mateo mantenía esa apariencia del Jesús de las estampas: delgada y musculosa. Shae siempre estuvo enamorada de él.

—Tenía que poner una lavadora —respondió Mateo para defenderse—. Además, no había nadie abajo, así que pensé que Johann podría apañárselas solo durante unos minutos.

—*Oh, mi Johhhhhhaaaaaann* —canté.

Las mejillas de Mateo enrojecieron.

—No es eso. Sólo somos amigos.

Johann Dietrich estudiaba en la escuela de arte local. Su madre, estadounidense, se fue a estudiar a Alemania y nunca regresó. Johann decidió, en el espíritu de la tradición, que quería hacer lo contrario en su experiencia universitaria. Mamá lo había contratado dos años antes para que se encargara de los asuntos de diseño en la imprenta, cuando el local

ganaba dinero en lugar de perderlo como si fuera una hemorragia. Mateo había estado locamente enamorado de Johann desde su primer día de trabajo. Pero mi hermano era demasiado cobarde para aceptarlo.

—Quieres lamer su bonita cara alemana —bromeé.

Mateo suspiró.

—Es *tan* bonita.

Levanté la cabeza y escuché el tintineo lento y decidido de las escaleras, lo que significaba que mi madre estaba en casa. Cuando las cosas en la imprenta empezaron a ir mal, mamá consiguió un nuevo trabajo como conserje en el gimnasio de veinticuatro horas al otro lado de la ciudad. Ella lo odiaba. Nunca lo ha dicho, pero no hacía falta, lo escuchaba en el ruido que hacían sus pies al subir las escaleras.

Obedientemente, Mateo le abrió la puerta y mamá entró arrastrando los pies y deslizó sin mayor ceremonia dos cajas de pizza sobre el mostrador de la cocina.

Mi corazón se hundió.

—¿Otra vez pizza? —pregunté, tratando de que la decepción no se colara en mi voz.

Mamá se sentó a la mesa para quitarse las zapatillas con plantillas ortopédicas.

—Sí. ¿Y?

Puse mala cara e hice una pregunta cuya respuesta ya sabía.

—¿Esta vez has elegido la que lleva salsa blanca? Sabes que no debo comer tomates.

Mamá cerró los ojos y giró la cara hacia la polvorienta lámpara. Vi cómo las arrugas de su frente se tensaban y luego se relajaban mientras respiraba largamente antes de volver a mirarme.